

## *El sujeto de la emancipación. Personalidad y capitalismo en György Lukács y Siegfried Kracauer*

FRANCISCO GARCÍA CHICOTE (2018).  
Los Polvorines, Ediciones UNGS, 235 páginas.  
ISBN 978-987-630-290-6

 Martín Ignacio Koval

En buena medida, lo que motoriza este libro ensayístico del profesor García Chicote, escrito, según puede advertirse en el primer capítulo (“El instante”), con una notoria intención de polemizar con los acontecimientos de su época, es el deseo de develar el vínculo que existe entre el proyecto humanista del Clasicismo de Weimar y las teorías marxistas de György Lukács y Siegfried Kracauer en el periodo de entreguerras. Lo cierto es que dicho nexo tiene un nombre, que García Chicote rastrea y dilucida pacientemente –y con una rigurosa metodología materialista consciente de sí misma– a lo largo de los capítulos: la categoría de *personalidad*, que, cual un hilo por momentos muy visible, y, por otros, camuflado detrás de otras discusiones, recorre el libro en su totalidad.

La personalidad, según se aclara en seguida en el capítulo “La personalidad”, a decir verdad, en tanto crítica de las alienaciones sufridas por el sujeto bajo el capitalismo, no es una categoría unívoca sino que está “incrustada en el vértice de la Razón y el mito, de manera que ella [...] se torna en botín de guerra de corrientes contrapuestas” (22). En particular, García Chicote alude a dos corrientes antagónicas que la reclaman para sí: la irracionalista y la racionalista.

Está, por un lado, “la personalidad particularista, privada, que se nutre de impulsos románticos, se forja en la filosofía de la vida y culmina en [...] la filosofía y la literatura reaccionario-conservadoras de las críticas de derecha al capitalismo en la víspera del nazismo” (22). La personalidad es entendible aquí como un rechazo de cuño individualista de la racionalización del mundo y su consiguiente desencantamiento. En Dilthey, por ejemplo, la personalidad equivale a “la autoconciencia práctica del nexo que existe entre el sujeto y ‘las fuerzas eternas de la vida’” (48). Además, tanto en Dilthey como en Simmel y Weber, se vislumbra “la creencia de que una personalidad es posible –e incluso necesaria– en un contexto adverso, como salida individual a pesar del mundo” (49). Es un camino irracionalista que conduce a Hitler.

La otra corriente es aquella en la que abrevan Lukács y Kracauer: la del proyecto humanista de autores como Schiller y Goethe, para quienes la personalidad implica también, según se explica, “la superación a nivel individual de las alienaciones”, pero sin que esta pueda ser disociada de la necesidad del “rebasamiento de los desgarros socio-objetivos” (49). Lo característico del humanismo de Weimar sería así la idea de que es imposible la desalienación del sujeto sin la emancipación de sus congéneres. Tal es la “exigencia de la razón” que se halla en el seno del pensamiento humanista alemán de fines del siglo XVIII: “la búsqueda de una racionalidad humana que absolutamente nada tenga que ver con la glorificación de pasados romántico-heroicos o misterios eternos de la naturaleza” (49).

García Chicote da cuenta de esto último mediante un análisis textual de *Los años de aprendizaje de Wilhelm Meister* (1796/97), la novela de formación de Goethe. La posibilidad del desarrollo de la personalidad armoniosa de Wilhelm Meister está dada por la injerencia de los integrantes de la *Sociedad de la Torre*, que crean para él unas condiciones propicias para una superación de la alienación. Es decir que, más allá de la irónica artificialidad del mundo social del que participa Meister, que se halla al resguardo de todo peligro gracias a la intervención prodigiosa, precisamente, de la *Sociedad de la Torre*, lo que habría querido mostrar Goethe, se sugiere, es que la superación de las alienaciones solo es posible *si la sociedad también supera las suyas*.

El autor subraya, así pues, que al momento de entrar Lukács y Kracauer a la escena intelectual, la noción de personalidad era susceptible de ser apropiada críticamente en el marco de dos tradiciones diversas. La primera, que nacía en Goethe y Schiller, de indudable carácter ilustrado y humanista, advertía que la desalienación del sujeto no podía darse sin la redención del conjunto social (*Sobre la educación estética del hombre, en una serie de cartas*, de 1795, y *Los años de aprendizaje de Wilhelm Meister* son los

dos documentos fundamentales de esta primera tradición); la segunda –basada incluso en una interpretación ideologizante, *irracionalista* de, sobre todo, la vida y la obra del propio Goethe–, que atravesaba la filosofía de la vida y, poco más tarde, confluía en la crítica derechista del capitalismo en el marco de la ascensión del nacionalsocialismo, sostenía que el individuo “elegido” formaba su personalidad *a pesar de* la sociedad, por así decir, a sus espaldas.

Las teorías de Lukács y Kracauer tienen en común, por lo demás, una crítica del mesianismo “de izquierdas” de un Ernst Bloch (“El Reino”). Dice García Chicote, al tratar de resumir los intentos de superación del mesianismo, que para aquellos “la trasposición directa, sin mediación, de un ideal en un mundo corrompido replicaba una concepción dualista que no se preguntaba por la génesis del sujeto revolucionario, sino que lo asumía acriticamente como un *dato*” (90). Frente a este izquierdismo mesiánico, de tinte voluntarista, Kracauer opta por el “héroe débil y feo de los cuentos maravillosos tradicionales”, en quien encuentra el modelo de un sujeto irreductible al valor de cambio (el capítulo “La embriaguez” está dedicado a esto); Lukács, en cambio, de manera más ambiciosa, se lanza a la “recuperación de un concepto humanista, racionalista, goetheano de personalidad para la crítica y superación definitiva de la sociedad capitalista” (91).

El corazón de *El sujeto de la emancipación* lo constituye, según parece, el capítulo dedicado a la dilucidación de esta tentativa lukácsiana (“El Partido”), desplegada por primera vez en su *Historia y conciencia de clase* (HCC) (1923), el libro con el que se funda, por así decir, el marxismo occidental. La hipótesis de García Chicote es que Lukács rescata allí el concepto goetheano de personalidad para desarrollar su noción “leninista” de partido. El autor rastrea las apariciones del concepto, en particular, en los ensayos “La cosificación y la conciencia del proletariado” y “Observaciones de método acerca del problema de la organización”, en los que, una y otra vez, la personalidad aparece, de nuevo, como el reverso o, más bien, el “antídoto” contra uno de los mayores lastres de la herencia burguesa: la “socialización cosificadora” (92).

No obstante, más allá de varios puntos en común entre Lukács y Dilthey, en HCC la personalidad no aparece ligada ya a una suerte de misterio de la

naturaleza ni a una “praxis política con arreglo a principios estéticos”, como era el caso en la filosofía de la vida, sino a una “universalización del punto de vista del proletariado como criterio de conocimiento y de la acción *humana*” (127). García Chicote explica que la meta de dicha universalización, esto es, “el individuo realmente libre”, se encuentra para Lukács “*in nuce*, como posibilidad, en la propia duplicación de la personalidad del proletariado” y asume, de manera progresiva, con la mediación del Partido *en lucha*, “centralidad, armonía y unidad” (127). La idea de la “duplicación” implica, como se explica en el libro, el proceso por el cual el proletariado se despoja de todas las determinaciones que le impiden a la burguesía la toma de conciencia respecto de la meta de la liberación del ser humano. Es por ello que la universalización del punto de vista del proletariado es ahora la condición de posibilidad de la verdadera personalidad.

El libro propone, tras esto, un derrotero bastante diverso y plural –aunque del todo coherente con el argumento central–, que incluye, entre otras cosas: una discusión de los modos en que Benjamin y Kracauer combatieron, muñidos del concepto de *embriaguez* (*Rausch*), la “mala personalidad”, es decir, las teorías reaccionarias, burguesas, de la personalidad privada (“La embriaguez”); un recuperación del análisis que hizo Kracauer de los empleados comerciales del capitalismo desarrollado, así como una exégesis de su novela *Ginster* (“La catástrofe”); y, finalmente, una indagación acerca de la noción general de *crítica* (“Las armas”), que sirve, además, a modo de conclusión.

Más allá de la originalidad de su tesis, *El sujeto de la emancipación* da cuenta de un tono ensayístico vital y, sobre todo, de un nivel de autoconciencia metodológica del todo inauditos en los ámbitos académicos, propensos siempre a lo que el autor llama la “crítica tanatopráctica” (20), esto es, a la glorificación, desmembramiento y calcificación de los muertos. Frente a esto, el libro recupera con éxito una “tradicción hortelana” que “vela por la putrefacción” de cada muerto y “estercola la tierra con sus restos”, a fin de que cobre vigor “la actualidad de cada obra, su capacidad para indagar factores del ser social en los que se pone hoy a prueba la dignidad humana” (20). En este sentido, se trata de un libro que invita a apropiarse de manera osada, aunque no por ello menos rigurosa, de la tradición progresista heredada.